

## **RECURSOS NATURALES Y SU CONSERVACION**

**Por: ENRIQUE PEREZ ARBELAEZ.**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 2, Volumen VIII  
1950*



los geógrafos debemos los colombianos gran parte y la más depurada de las noticias concretas que poseemos sobre los recursos naturales de nuestra patria. La obra de los marinos y cartógrafos peninsulares, los tratados de geografía general, las explicaciones de las cartas, las cuales forman ya larga serie de esfuerzos; las monografías sobre localidades especiales que también constituyen ya un rico depósito bibliográfico: son y serán la guía y el trabajo de zapa, para quienes intentemos sistematizar el estudio de nuestros recursos. Toca sin embargo a los geógrafos del presente y del futuro, depurar sus objetivos, ajustarse a esquemas nuevos, para corresponder así, al avance de una ciencia que, como tal no estaba antes formulada, ni precisada, sino que es de corta data y que va abriéndose paso en la bibliografía, en las preocupaciones de los gobernantes y en las ideas del hombre común.

Una cosa es estudiar la naturaleza que es lo que se venía haciendo, otra es considerarla bajo esa formalidad de su potencial cultural; otra, sobre todo, encauzar su conocimiento hacia la responsabilidad que tenemos los hombres en un mejor beneficio, en una conservación equilibrada del cosmos y en su reclamación o renovación reparadora.

La ciencia de los recursos naturales es una consecuencia, en el mundo, y\* en particular en las Américas, de la presión creciente demográfica. Nutrición, bienestar y cultura son una transformación, una liberación de la energía de la naturaleza regidas per la inteligencia humana. En último análisis son la transformación de la energía cósmica en el perfeccionamiento de los humanos.

Es frecuente que muchos autores consideren los aspectos estéticos de la naturaleza. Menos son los que se preocupan por su capacidad de convertirse en riqueza. La moderna tendencia está en

enfocar el estudio de la naturaleza hacia el equilibrio entre su natural creación y su absorción por las exigencias humanas. Se cambia así la línea de la explotación mineralógica, que siguieron los primeros conquistadores de América, por el proceso agrícola que beneficia en ambos sentidos de la palabra.

Recursos naturales son aquellas realidades y condiciones creadas por la naturaleza en génesis secular y de los cuales dependen el sustento, el bienestar y la cultura de los hombres. Se circunscribe, pues, la noción a los dones de la naturaleza, los cuales fueron anteriores a la aparición del racional sobre el planeta, o que en presencia del mismo se crean con lentísimo ritmo. En su destrucción el hombre puede ejercer un papel de fulminante, pero en su venir a ser, solamente actúa como un catalizador despacioso, como el ordenador minúsculo y efímero de un proceso gigantesco. Por eso el estudio de los Recursos Naturales, tiene por objeto esencial, no el de mover a la acción de un grupo humano presente, sino el de hacer solidarias a muchas generaciones para una acción más noble, coordinada, progresiva y a largo plazo.

Se ha definido a la Ciencia del Hombre, la Etnología, como el estudio de los procesos diferentes seguidos por los grupos humanos para satisfacer sus necesidades fundamentales de sustento, vestido, vivienda, transporte, bienestar, diversión y placer estético.

A la etnología así entendida corresponde un estudio de la naturaleza que es el de su capacidad de proporcionar a los hombres alimentos, abrigo, albergue, y otras materias primas. En cambio la nueva noción de cultura consiste en incluir en la obra humana, la obligación de mantener el equilibrio entre el ambiente y el consumo de los pueblos.

Como consecuencia de esto ha quedado exaltada y en su puesto, la labor humana de los indios americanos, a la cual los cronistas colocaron en un cuadrante despectivo, y hasta réprobo y de obra diabólica —sólo para justificar el derecho a la dominación y el saqueo— y que hoy ya se presenta como un modelo envidiable de convivencia con la naturaleza, de equilibrio con el ambiente, de participación en él. Hombre y naturaleza, no forman ya extremos antagónicos, sino que son, lo que deben ser, pilares de un mismo edificio que se completan uno a otro en la labor de crear un mundo mejor. Esta noción llegó tardía a las mentes, pero con suficiente antelación para detener, si no conjurar, el cataclismo total de nuestra extinción y, de la llegada al tope de nuestra cultura.

Carlos Marx señaló a la ciencia un derrotero absurdo, cuando dijo que su objeto era hacer esclava a la naturaleza y libre al hombre. Esa esclavitud, uso y abuso, era un movimiento asordado de cadena traicionera destinada a esclavizar al mismo hombre en el momento en que se creyera más

amo y señor. Por supuesto que ese concepto de la realeza del hombre, del despotismo de la inteligencia, había logrado escalar hasta los doseles de la mística. Lo inevitable de ello, fue expresado por Bernard Baruch, gran conservacionista, en el prólogo que puso a "Road to Survival" de W. Vogt, otro eminente de esta ciencia: Dice Baruch:

**"One of the chief reasons we have let ourselves become involved in such a maze of difficulties, is that, throughout history, we have seldom tried to understand man as a part of his environment"**

Y es así: el no haber considerado al hombre como parte de su ambiente, es la causa de vernos envueltos en este cúmulo de dificultades. Porque, lejos de hacer esclava a la naturaleza nuestro destino es convivir con ella, colaborar con ella, volvernos sus gemelos, como ojo con ojo, para completar la visión estereoscópica del mundo que dista tiempo.

El hombre es porción del medio. Naturaleza vigorosa es parte de la cultura. Colombia y el hombre colombiano, son botones de la misma mancornia, bueyes uncidos al mismo yugo. Tal vez si nuestros geógrafos pretéritos hubieran tenido delante de sus mentes esta convicción, "we should not become involved in such a maze of difficulties".

El hombre, primero cavernícola animaloide, después tribu errabunda, después nación agresiva, hoy pululación de técnica, de comodidades, de inventos, de pandemonios, se ha convertido en el más potente factor de la naturaleza. Influye en su geología, en su vegetación, en su composición zoológica, en su clima, en su precipitación fluvial, en sus vías navegables. Pero, a pesar de que la química ha logrado —ideal de alquimistas— tantos plásticos, tantos sustitutos, tantos **Ersatz** por todas partes, las materias primas naturales siguen, cada vez más requeridas, más buscadas, son más necesarias, más variadas.

Corresponde a los geógrafos, no sólo ponderar la belleza de la naturaleza que nos cupo en suerte, no sólo ponderarla como capacidad de progreso, sino —manteniéndose en su papel de principales descubridores y vulgarizadores de ella—, mostrar cuáles son los caminos científicos por donde se llegaría a mantener su potencialidad indefinidamente.

Hemos dicho: Colombia es rica en minas, tiene perlas y esmeraldas, la cruzan ríos poderosos, la cubren bosques milenarios, praderas ilímites, Tequendamas de fuerza, somos casa de esquina en el continente, nuestra heredad mide 1.134.000 kilómetros cuadrados; el mar rompe sus olas en nuestras islas, abandona su sal en nuestras salinas. Esa letanía, que hemos entonado mil veces, la hemos hecho penetrar hasta la medula del pueblo colombiano, hasta los cogollos de las mentes de

nuestros escolares.

Pero poco hemos dicho de las obligaciones que tal abundancia nos crea, para con el futuro. Hemos puesto en manos del colombiano una chequera con firmas de todos nuestros geógrafos y lo hemos lanzado a la prodigalidad.

Hace poco, en dos días seguidos, asistí a dos sesiones que me hicieron pensar este problema. La una fue de niños de un Colegio muy acreditado de Bogotá. Queriendo interesarlos por los recursos naturales de Colombia les pregunté si nuestra patria era rica, si podría llegar a ser tan importante como las naciones más aventajadas. Todos respondieron que sí. Noté que muchos me repetían como una de las posibilidades nacionales: **"Colombia tiene perlas"**.

Precisamente las perlas son uno de los ejemplos de nuestro ningún conservacionismo. Fueron riqueza en Riohacha, y amago de riqueza en la Gorgona. Pero las explotamos con criterio minero; para exprimir los ostrales, para agotarlos, y en esto nos ayudó el pirata Drake cuando, como lo hizo constar don Vicente Restrepo en la vida de Lionel Wafer, mandó dragar los fondos conchíferos de la costa guajira. Hoy día nuestras perlas no valen un maravedí. Pero sigue la cantinela en los vergeles de las clases de geografía.

La víspera de mi conferencia escolar, había asistido a la Academia de Ciencias Exactas Físicas y Naturales. Habló el Profesor Luis López de Mesa sobre la capacidad demográfica del suelo colombiano. Para el distinguido pensador el suelo colombiano sólo es capaz de mantener veinte, quizás veinticinco millones de habitantes. Computó los suelos de primera, capaces de mantener una vaca por hectárea y los halló reducidos. Habló de las guayabas, con las cuales, quizás, podríamos aumentar la productividad de algunos suelos pobres. Pero no quiso desembocar con su raciocinio en la consecuencia inevitable de limitar la población, ni de prescindir de la inmigración. Lo mismo que hizo L. Currie en su programa de bienestar.

Yo veía ya venir la conclusión que de parecidas premisas han deducido para la América Latina, para el trópico, para la Amazonia, Pierre Gourou, Elsworth Huntington, Paul Rivet, Kingsley Davis y muy recientemente Clarence A. Mills en la revista Science de la AAAS. Davis la formuló así en la conferencia Internacional de Denver.

**"Latin America must follow the example of the United States and Canada by reducing its (human) fertility and approaching to a stationary population"**.

Es decir, un dilema de pobreza o malthusianismo, deseos económico, o colapso moral.

Mi respuesta es: **do tertium** o más difusión de las ideas, de las preocupaciones, de las técnicas conservacionistas.

Y mi tesis aquí, es ésta: es indispensable que nuestros autores, al hacer geografía descriptiva, se empapen mejor de la ciencia de la conservación de los recursos naturales y den esa tendencia a sus lecciones. Si siempre que mencionamos bosques hubiéramos dicho: no talas, no quemas, otra sería la posición mental del colombiano.

Porque Colombia no está tanto en el pasado como quieren sus historiadores, ni en su presente como suponen sus geógrafos pajados, sino en el futuro donde llama el redoble del patriotismo. Como dijo Camargo, ponderado por Menéndez y Pelayo: "Allá está el ideal, allá boguemos; dad impulso a la barca".

